



Ricardo Gil (1853-1907)

La obra de Ricardo Gil se desarrolla, en su mayoría, en el siglo XIX y su importancia, aunque no ha sido extensamente tratada por la crítica, es trascendental «en el paso de la literatura decimonónica a la del siglo XX, como uno de los paladines avanzados de la modernidad, junto a Salvador Rueda y Manuel Reina, porque, en definitiva, su poesía se mueve entre el mejor romanticismo (Bécquer) y las nuevas influencias, que él recibe muy tempranamente, del simbolismo francés» (Díez de Revenga, 2008: 71). El único poemario que vio la luz en el siglo XX fue *El último libro*, publicado póstumamente en 1909 y, a la postre, recogido en sus *Obras completas* de 1931, quizás demasiado tarde, señala Díez de Revenga, cuando en España los gustos literarios iban ya por rumbos diferentes (2008: 91). *El último libro* es un volumen desigual, que no guarda la coherencia temática y estilística de sus obras anteriores (*De los quince a los treinta*, de 1885, y *La caja de música*, de 1898). Los elementos medievales, presentes en estos volúmenes del siglo XIX, que preceden el gusto modernista que será central en la poesía española de principios del XX, sí tienen continuidad en *El último libro*. Ello se aprecia, por ejemplo, en «Envidida», que narra cómo el alarife Hasán corta la mano al alarife Omán, la condena de aquel siguiendo la máxima del «ojo por ojo», el perdón de Omán segundos antes de que se cumpliera la sentencia y, finalmente, el suicidio de Hasán. En «Noche mil y dos», por su parte, se relata un *exemplum* basado en las narraciones de *Las mil y una noches* y que guarda relaciones, por el carácter didáctico, con recopilaciones medievales como el *Calila e Dimna* y *El conde Lucanor*, y que, de nuevo, focaliza sobre elementos orientalistas. «Milagro» relata una leyenda milagrosa medieval (de la cual desconocemos su fuente) a partir del recurso literario del manuscrito encontrado. El franciscanismo, que también orilla las obras de otros autores (como Valle-Inclán [Sánchez Moreiras, 2005]) se materializa en el poema «Dicha completa», que plasma, a partir de una base dialogada, algunas de las principales doctrinas de San Francisco de Asís. Finalmente, «El trovador» es un breve poema con tintes humorísticos, ácido y mordaz, en el que se utilizan las alusiones medievales a Guzmán el Bueno e Isabel de Segura para mostrar una suerte de desacralización de la poesía.

En estas páginas no hemos recopilado dos composiciones en las que lo medieval se materializa en dos escuetas alusiones a Dante y Beatriz lo cual, como se ha visto, es muy común en los poetas del periodo. Las referencias de estas composiciones son las siguientes:

«Lamentos de Mimí» (*El último libro*, 1909; extraído de *El último libro III*, 1931, pp. 89-92)

«A Jacobo M. Marín-Baldo» (*El último libro*, 1909; extraído de *El último libro III*, 1931, pp. 141-144)

Envidia

El alarife Hasán (Dios le maldiga,
porque nombra a la envidia quien le nombra)
a Omar odiaba con mayor vehemencia
que se amaba a sí mismo: era su sombra.¹²⁷
La envidia muerde el seno que la abriga,
como el áspid, y acorta la existencia:
Hasán, aún mozo, parecía viejo.
Omar era gallardo, y la conciencia
su faz ennobleció con su reflejo.

Era cuando Alhamar (¡gloria a su nombre!),¹²⁸
aquel alcázar elevó esplendente,
destinado a los genios más que al hombre
y misteriosa suerte en su recinto
unió a los dos obreros fatalmente;
¡más el trabajo de ambos, cuán distinto...!
Hasán la piedra devastada a mazo
confundido entre mil, faena tosca
que dio fuerza de cíclope a su brazo.
Siempre al soslayo la mirada fosca,
pensaba: «Si este bloque inerte y duro
fuese su corazón...» y con seguro
martillar la piedra deshacía.
De siete siglos resistió al ultraje
la obra de Omar, y asombra todavía;
no las hadas, él era quien tejía
con luminosas hebras el encaje
de la Alhambra en los muros suspendido;
él trazaba esas líneas que hábilmente

127. Se refiere Ricardo Gil a dos maestros constructores de la Alhambra. Son personajes de los que no hemos encontrado información y que muy probablemente sea completamente ficticios.

128. Muhámmad ibn Yúsuf ibn (Arjona, 1194-Granada, 1273) fue el primer rey del Reino de Granada y, por consiguiente, fundador de la dinastía de los nazaríes, tras tomar Granada en 1238. Es considerado el fundador de la Alhambra.

serpeando se quiebran de repente
para bordar el tema repetido
con graciosa insistencia:
pájaro, estrella, flor, grave sentencia;
después, armonizando los fulgores
que ciegan en el cielo y en la llama
con los del oro, vida deslumbrante
sabía dar a las vistosas flores,
a la curva ondulante,
al signo, al monstruo y a la esbelta rama.
Con su presencia el rey, cuenta la fama,
le honraba enaltecendo sus primores.

Hasán el envidioso
vio en sueños al diablo, y de esta suerte
le rogó: «No le mates, que la muerte
ser pudiera el reposo;
quiero que sufra lo que yo he sufrido...».
Entonces Satanás le habló al oído.
Huyendo de la luz abrasadora
que enerva los sentidos, una siesta
Omar, con inocencia imprevisora,
de la Alhambra internose en la floresta;
la verde umbría de los robles altos
buscó, donde el arroyo se desmanda
en bulliciosos saltos,
donde la hierba en flor es fresca y blanda:
allí dejó caer sus miembros flojos
como en mullido lecho;
los brazos extendió, cerró los ojos...
Oyose rastrear fiera en acecho,
que al fin saltó del matorral cercano;
silbó el aire, y brilló tajante filo
de un hacha, que al caer con golpe rudo,
no hirió a Omar el corazón tranquilo,
pero segó a cercén su diestra mano.
Con el alma a los ojos asomada,
causaba horror Hasán; inmóvil, mudo,
de huir no se acordó, por la delicia

que sentía al correr la sangre odiada.
Al divulgarse la fatal noticia,
con el Arte lloró toda Granada.

Pero el día llegó de la Justicia;
en torno de la puerta así llamada
por añeja costumbre,
se agolpó la impaciente muchedumbre.
A sus frases de cólera y de insulto,
Hasán permanecía indiferente;
pero cuando el versículo divino
oyó, que dice así: *diente por diente*,
con júbilo en el rostro mal oculto
pensó el infame: «Pues trunqué el destino
de aquella mano para mí funesta,
perder la mía inútil poco importa...».
Y con la mano sobre el tajo puesta
dijo al verdugo sonriendo: «Corta».

Mas el silencio fúnebre rompiendo
una voz exclamó: «¡Yo le perdono...!».
Tornó a brotar el clamoroso estruendo,
y Omar apareció, descolorida
la frente aún y vacilante el paso.
En inspirado tono
habló a la muchedumbre sorprendida:
«Nuestra ley me autoriza... ¿Existe acaso
para el alma envidiosa otro castigo
mayor que la nobleza en su enemigo...?»
Al peso del perdón su frente doble,
y el grito al fin de su conciencia vibre...».
Y mirando al traidor dijo: «Estás libre».

.....

Aquella noche, Hasán se ahorcó de un roble.¹²⁹

(*El último libro*, 1909;
extraído de *El último libro III*, 1931, pp. 17-20)

129. No hemos encontrado referencias a esta leyenda ni fuentes de las que pudiera haber sido extraída por Ricardo Gil.

Noche mil y dos¹³⁰

Sherezada, la musa de los cuentos,
 así dicen que habló
 al poderoso Emir de los creyentes
 la noche mil y dos:

«¿Qué no hay hombre feliz en este mundo...?
 Sin salir de Bagdad,
 buscando en la calleja más oscura
 el más sucio portal,
 encontraréis en él acurrucado
 en la sombra a Yusuf,¹³¹
 al viejo Ben-Yusuf el usurero:
 la araña odia la luz.
 Blanquean de aquel antro en la penumbra
 su raído aciquel
 y su mugrienta barba que al sentarse
 le acaricia los pies;
 y se creyera estar ante la momia
 de algún santo alfaquí,
 si en dos cuencas profundas no se viesan
 dos ascuas relucir.
 Es ya muy viejo; un cuervo le acompaña
 de cien años de edad,
 y en su lenguaje le apellida abuelo
 con respeto filial.
 Como fiera en acecho yace siempre
 en el mismo rincón;
 debajo de la losa en que descansa
 un silo construyó,
 y en él, una tras otra, las monedas
 va dejando caer:
 el alma de Yusuf, más que en su cuerpo,

130. El poema puede estar basado en antiguos *exemplum* medievales, si atendemos a su didactismo, que sigue, por ejemplo, la senda de *Las mil y una noches* o, en la tradición hispánica, del *Calila e Dimna* o de *El conde Lucanor*.

131. No hay en *Las mil y una noches* ningún personaje llamado así. Únicamente al inicio de la «Historia del Rey Schahriar y de su Hermano el Rey Schahzaman» se afirma que un poeta desconocido dijo: «¡Amigo: no te fíes de la mujer; riéte de sus promesas! ¡Su buen o mal humor depende de sus caprichos! ¡Prodigan amor falso cuando la perfidialas llena y forma como la trama de sus vestidos! ¡Recuerda respetuosamente las palabras de Yusuf!» (Anónimo, 2013: 79).

está en el silo aquel;
allí come, allí duerme; en otro sitio
no podría vivir
y ha escrito un testamento, en el que ruega
que le entierren allí.

No conoció familia, y rinde gracias
a Dios por este bien;
al cuervo estima, porque nunca tuvo
que darle de comer.
Es muy sordo; ya pueden a su oído
sus víctimas gritar...,
voces que insulten o que piden algo
no las oye jamás:
y sin embargo, acude con pasmosa
viveza de reptil
si al pasar en las piedras del arroyo
alguien suena un cequí.
No hay en la guzla nota que conmueva
tanto su corazón;
al fulgurar el oro, palidece
a sus ojos el sol.

Cierto día, en su angosta madriguera
se entregaba al placer
de pensar, como siempre, en su tesoro
con creciente avidez,
cuando inundó la oscura callejuela
intensa claridad
y una visión de espléndida hermosura
traspasó aquel umbral.
De Tasurón, el genio de la dicha
en el aire flotó
la túnica, de candencias argentinas,
esto dijo a Yusuf,
mientras brillaba con matices de oro
el caprichoso tul:
-Mortal, aquí me tienes... ¿Qué te falta...?

¿Contento estás de mí?
El viejo respondió postrado en tierra:
-¡Oh, genio...! Soy feliz.
Cuanto pueda pedirte, generoso
me concediste ya;
mi dicha está encerrada en este silo,
y aumenta sin cesar;
con el oro en su seno acumulado,
placeres, gloria, amor...,
comprarse pueden, que saciar consigan
la más loca ambición...
Pensando en mi tesoro, no me asustan
el hambre, ni la sed,
ni el desprecio...; sentado en esta piedra,
¿qué trono envidiaré...?
Ayudadme, buen genio, a levantarla;
por verle siento afán,
y me faltan las fuerzas... Pero el genio
se alejó sin hablar».

Al llegar a este punto a Sherezada
la interrumpió el emir:
«¿Tan grande es el tesoro...?». Y, sonriendo
la hermosa dijo así:
«El silo está vacío; taladrado
por mano criminal
fue su muro en las sombras; hoy encierra
polvo y aire no más.
Pero él lo ignora; y goza su tesoro
con dulce beatitud.
¿No es igual que lo guarde en aquel silo
o en su mente Yusuf...?»

¡Oh, poderoso emir de los creyentes
con empeño tenaz
buscáis en torno vuestro una ventura
que solo en vos está...!
Cerrad los ojos e invocad al hombre

del genio bienhechor
Tasurón (que en idioma castellano
es imaginación)».

(*El último libro*, 1909;
extraído de *El último libro III*, 1931, pp. 41-45)

Milagro

En un libro de fastos abaciales
escrito en caracteres medioevales
con tinta por los siglos amarilla,
triunfando del latín y la polilla
este relato descifré paciente;
mas al copiarlo dispó mi pluma
su monacal ambiente
y el suave candor que lo perfuman.¹³²

Comienza así: Señor Omnipotente,
sirva esta mal aderezada historia
de enseñanza mortal; a Ti, de gloria.
En el collado del Azor, no lejos
del abacial recinto
dominando salvaje laberinto
de viciosas encinas y de tejos
se elevó el santuario del Reposo.¹³³
A su bendita sombra, un ermitaño
tras viaje penoso
(la tierra en que nació nadie sospecha)
hizo morada al promediar el año
de nuestra redención (falta la fecha)
y alcanzó de virtud justo renombre.
Era joven aún, y su hermosura
propia de un ángel, pero no de un hombre.

132. Como sucede en numerosas obras de época medieval, Ricardo Gil utiliza aquí el recurso literario del manuscrito encontrado para relatar el posterior acontecimiento milagroso. Desconocemos la procedencia de la leyenda, que pudo ser extraída por Ricardo Gil de algunas recopilaciones de textos medievales popularizados durante el siglo XIX.

133. Desconocemos la existencia tanto del collado del Azor como del Santuario del Reposo. Sus nombres genéricos, quizás, puedan indicar que se trata de una invención de Ricardo Gil para ubicar espacialmente la acción del poema.

Le besaban los hombros sus cabellos
que a la seda igualaban en finura
y en color al maíz; luz sosegada
era en sus ojos claros la mirada:
inalterable paz reinaba en ellos.
Le concedió el Señor sabiduría
superior a su edad; su voz serena,
como lluvia soñada en la sequía
daba frescura al corazón; tenía
una esperanza para cada pena.
El humilde sayal de áspera lana
convertían en veste cortesana
su airoso andar, sus movimientos graves,
y su pan, de limosna recogido,
partía con los pobres y las aves,
que abandonaban por seguirle el nido.
A Dios amaba sobre toda cosa
y después a las flores.
Con tal arte su mano primorosa
copiando en la vitela sus colores
darles supo vigor, gracia, relieve,
que aún hoy suspensos los sentidos deja,
y el alma por la imagen seducida
creyéndola con vida,
ve como el tallo de la flor se mueve,
en el cáliz zumbar oye a la abeja,
y aspirando el olor al tacto acude.
En su tesoro guarda el monasterio,
y asombro causarán a quien lo dude,
los espléndidos folios de un salterio.

Cierto día estival cruzó el collado
el poderoso abad acompañado
de un tropel de monteros y ojeadores;
de la ermita en la puerta,
inclinando la frente descubierta,
detuvo su corcel ya fatigado,
mientras los servidores
en la vecina fuente con delicia

de la sed apagaban los ardores.
Entonces una voz gritó: «¡Justicia...!»,
y una mujer en campesino traje,
con un niño en los brazos, de repente
se postró ante el abad humildemente.
Este le preguntó: «¿Quién te hizo ultraje?».
Y ella dijo llorando: «El penitente».
Mas el mancebo respondió con brío,
sin turbarse la paz de su mirada:
«Esta mujer, por Satanás cegada,
fijose en mí, señor, y mi desvío
quiere acaso vengar. Yo la perdono».
«¡Mientes! ella exclamó; tengo en mi abono
a los que oyendo las dolientes voces
de esta huérfana débil e indefensa
el pañal te arrancaron..., ¿los conoces?,
allí están, y te acusan; tu abandono
sufrí en silencio y oculté la ofensa;
mas ya, ¿cómo callar?, ¿ni cómo ahora
con esta prueba viva y delatora
de mi deshonor ganaré el sustento?».
Llegaron los testigos, y a su acento
el justiciero abad quedó confuso.
El mancebo habló así: «Dios lo dispuso.
Él mostrará, si quiere, mi inocencia».
Y acusándole todo,
el abad contra él dictó sentencia:
«Pues olvidas, perjuro, de tal modo
el voto que en mal hora a Dios hiciste,
repararás tu crimen, y contigo
ese niño tendrás, mientras consigo
de quien lo puede hacer, rompa tus lazos».

Y le dejaron solo.

Solo y triste
quedose con el niño entre los brazos
sin murmurar palabra.
En esto, de la próxima espesura

saltó ligera cabra
de hinchidas ubres y nevado pelo;
se le acercó balando con dulzura,
y se acostó a sus plantas sin recelo.
Desde entonces huyó del solitario
la gente con horror.

Pasó el estío.

En un amanecer nublado y frío
la campana sonó del santuario,
no como siempre saludando al día,
sino con doble opaco y clamoroso,
y un hecho presenciaron milagroso
los que acudieron a su voz extraña
(alguien lo vio que vive todavía):
el bronce volteaba en la espadaña,
pero ninguna mano lo movía...
Y el templo al invadir ruidosamente
con un santo pavor nunca sentido,
al tibio clarear del sol naciente,
contemplaron sin vida al penitente
sobre las gradas del altar caído.
Cubierto estaba de otoñales flores;
de una luz interior los resplandores,
asomando a su pálido semblante,
hacían sobrehumana su belleza,
y en sus rodillas candoroso infante
apoyaba dormido la cabeza.

De la campana al celestial aviso,
en el humilde templo
crecía sin cesar la muchedumbre,
y el Abad acudió, y él mismo quiso,
dando de caridad notorio ejemplo,
el cadáver lavar, según costumbre.
Mas al poner con ánimo piadoso
sus manos en el muerto misterioso,
lanzó un grito a sus labios arrancado
por el asombro...

Bajo el sayo rudo,
apareció desnudo
de una mujer el cuerpo delicado.

(*El último libro*, 1909;
extraído de *El último libro III*, 1931, pp. 47-52)

Dicha completa

Así habló, caminando hacia Perusa¹³⁴
Francisco el fundador a un compañero:¹³⁵
«Hijo amante de Dios, hermano mío,
oídme atento. Quien por gracia viste
nuestro burdo sayal, aunque lograrse
contar los astros y fijarles rumbo,
descubrir las virtudes misteriosas
de las aguas, las plantas y las piedras,
y traducir lo que la fiera ruge
o lo que alegre el pajarillo canta,
no por eso diría:
ya satisfecha está la ambición mía».

Continuó caminando y dijo luego:
«Hijo amante de Dios, hermano mío,
oídme atento. En nuestra humilde Regla,
si alguien hablase todos los idiomas
de la tierra o robase sus tesoros
de saber a la bíblica Eucaristía
y a las sentencias de los Santos Padres,
y de los mismos ángeles pudiese
adivinar los santos pensamientos,

no por eso diría:
ya satisfecha está la ambición mía».

134. No debemos pensar que es esta una referencia a la *Leyenda de Perusa* publicada en la *Legenda antiqua* de 1046, puesto que la primera edición contemporánea del manuscrito encontrado en la biblioteca comunal de Perugia fue realizada por Campbell en 1920. Ricardo Gil se refiere a Perugia, muy probablemente, por cercanía a la ciudad natal del santo, Asís, ambas ubicadas en la actual región de Umbría, en el centro de Italia.

135. San Francisco de Asís (1181/1182-1226) es el fundador de la orden franciscana, de una segunda orden conocida como Hermanas Clarisas y una tercera conocida como tercera orden seglar, todas surgidas bajo la autoridad de la Iglesia católica en la Edad Media.

Tras una pausa habló de esta manera:
«Hijo amante de Dios, hermano mío
oídme atento. Si el indigno fraile
sanar pudiera al mísero leproso,
dar al tullido agilidad y fuerza,
o iluminar del ciego las pupilas;
si al eco de su voz los corazones
más duros, más helados, más rebeldes,
se derritiesen en amor a Cristo,
no por eso diría:
ya satisfecha está la ambición mía».

Anduvo y prosiguió diciendo:
«Oíd, oíd atento, hermano mío:
si al llegar a Perugia nos recibe
en actitud hostil la muchedumbre,
y escarnece estos hábitos, y arroja
a nuestra faz el lodo de la calle;
si no basta a su cólera el silbido
y la injuria soez, y con sus golpes
nos derriba en el suelo moribundos...,
entonces, ¡qué alegría!,
satisfecha estará la ambición mía».

Surgió a lo lejos la ciudad, y el Santo
en un agrio repecho se detuvo,
contemplando a su amigo fijamente.
Todo callaba; el agua por su cauce
corría sin rumor, y entre los robles
dejaron de piar las golondrinas.
En el silencio aquel una pregunta
parecía salir... El compañero,
sin dudar un instante,
miró al maestro y exclamó: «¡Adelante!».

(*El último libro*, 1909;
extraído de *El último libro III*, 1931, pp. 57-59)

El trovador

Ausente el ideal, queda la carne;
la carne sola, de gusanos cebo;
la pasión se transforma en apetito;
lo sublime en grotesco:
Hamlet, en contratista de consumos;
en Sancho el socarrón, Guzmán el Bueno;¹³⁶
Isabel de Segura, en *coupletista*;¹³⁷
y el trovador..., en cerdo.

(*El último libro*, 1909;
extraído de *El último libro III*, 1931, p. 211)

136. Guzmán el Bueno (1256-1309) fue un militar y noble leonés fundador de la casa de Medina Sidone que participó en numerosas batallas contra los musulmanes durante los reinados de Alfonso X el Sabio y Sancho IV, entre las que destaca, por su cariz legendario, la defensa de Tarifa en 1294. En este verso, al contraponerlo a la socarronería de Sancho Panza se consigue convertir en grotesco, como dice apenas dos versos antes, lo sublime de la valentía y el honor de Guzmán el Bueno.

137. De nuevo brota aquí el humor ácido de Ricardo Gil, que convierte a Isabel de Segura, protagonista de la trágica leyenda amorosa de los Amantes de Teruel, en una *coupletista*, transformando el supuesto amor puro por el cual ella muere en una coreografía de cuplé (con los consabidos componentes groseros y picantes que ello implica).